

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO 11

CÓMO SE DIO DESDE SU NIÑEZ AL CULTO INTERIOR Y EXTERIOR DE LA SAGRADA PASIÓN Y FAVORES QUE RECIBIÓ DE LA IMAGEN DE JESÚS NAZARENO, ESPECIALMENTE LA DE LA PARROQUIA DE SAN JOSEPH

1. Cómo en la meditación de su sagrada pasión le comunicó el Señor entre regalos y favores algunos de sus dolores

[91] El ejercicio de todas las virtudes aprendió de su divino esposo crucificado por su amor en el madero de la cruz. En este libro advierto tomaba lección todos los días, horas y momentos, porque como no sabía leer ni hablaba con facilidad quien le leyese, se determinó a cursar y estudiar en este libro, considerando lo mucho que padeció por los hombres y la obediencia que tuvo al eterno padre hasta la muerte. Se admiraba de la prontitud con que María santísima y el padre eterno ofrecieron a su unigénito hijo a los martirios de la pasión por redimir al mundo. Comenzaron estos tiernos afectos y filial amor en Catarina desde que, entre las penas y amarguras de sus peregrinaciones, recibida ya la gracia del bautismo, se le apareció Jesús vestido de Nazareno ofreciéndose benigno a hacer con ella oficio de padre. Con este regalado favor quedó fijo en su imaginación y memoria este soberano objeto que causaba en su entendimiento tantas y tan piadosas consideraciones, que levantaban ardientes llamas en que abrasada la voluntad deseaba y suspiraba por tomar en sí toda la cruz del Señor, en cuanto fuese posible, por aliviar a su querido amante, a su redentor y a su padre. Y con este afecto todas sus delicias eran con el Crucificado, cuando se hallaba con él en su cruz acosada de dolores, enfermedades y martirios, despreciada y maltratada del mundo y perseguida del infierno. Este tierno afecto que comenzó desde los primeros años de su ser y de su cristiandad fue creciendo al paso de la edad hasta llegar a lo sumo, comunicándole el Señor muchas veces todos los dolores, ansias y congojas de su pasión e imprimiendo invisible pero sensibilísimamente, en su virginal cuerpo, no sólo las llagas como a otros santos, sino también una estampa o imagen de todo su divino cuerpo atormentado, que es lo que le demanda en su epitalamio:⁴⁶ “Ponme como estampa sobre tu corazón”. [Apostilla: Cantares 8] Pero dejando para su

46 Composición lírica para festejar esponsales.

lugar esto con todo lo demás que pertenece a lo invencible de su paciencia y a lo más subido de su caridad, diré aquí sólo lo que más se conforma con la virtud de principiantes en el camino del espíritu.

[92] Este afecto amoroso de hija aumentaba y encendía el Señor, representándosele en sus efigies como si fueran éstas vivientes, o haciéndosele visible con formas e imágenes oculares o imaginarias; no sólo en los tiempos de su oración y recogimiento sino en todo tiempo y lugar, y en todos los pasos de su sagrada pasión: ya en el huerto, ya en la noche dolorosa, ya en los azotes, ya en la calle de la amargura, ya en la cruz llevándola en pos de sí, desde la oración del huerto hasta el calvario y hasta el sepulcro. Y en ella corriendo, como sierva sedienta para recoger su sangre y lavar con ella su corazón y su alma y derramarla por todo el mundo, corría tan ciega de amor, tan ansiosa de alcanzar a su esposo, tan desalada por aliviar a su padre, que entreteniéndose entre los fariseos y ministros ya le cogía, ya no le daba alcance, ya se abrazaba con él, ya se lo quitaban para que ella volviese hasta cogerle, clamando siempre afligida: “A mí Señor, esos azotes, esas bofetadas, esos golpes y no a ti, que no lo mereces”. Y cuando la dejaban con él a solas, como en casa de Pilatos, al pie de la columna o al pie de la cruz, lamía sus llagas, limpiaba sus heridas, recogía su sangre, consolándolo con mil ternuras que le dictaba el filial amor.

[93] En una de estas ocasiones, entre otras que llegó a la casa de Pilatos en seguimiento de Jesús, desamparado de los apóstoles y rodeado de fariseos y sayones, se arrojó a los pies de su redentor y su padre; consideró las sogas ásperas con que lo ataban, la crueldad de los verdugos, la sangre que se derramaba por el bien del mundo, y sintiendo en su pecho un incendio de amor y un golfo de amargura, como fuera de sí, comenzó a pedir y a rogar a los mismos sayones y fariseos que la atasen a ella, que cayesen sobre ella aquellos sangrientos y crueles azotes. Y volviéndose a hablar con su amante divino decía: “A mí, a mí y no a ti, mi Dios, mi señor y mi redentor, esas heridas. Yo soy la que pequé, yo soy la culpada. Quien tal hizo que tal pague. Tú Señor eres la misma inocencia. ¿Pues por qué a ti y no a mí esos inhumanos tormentos?” En medio de estos dulces coloquios y amorosos afectos andaba lamiendo (así lo explicaba esta admirable virgen) como perrita la sangre vertida en el suelo. Y levantando en una ocasión los ojos, vio el rostro de su padre y divino señor tan desfigurado que atravesada de una compasión lastimosa, se quedó como atónita y suspensa del dolor que le causó aquel objeto tan deformado; y cuando más embebecida y elevada, sintió y vio caer en su boca una gota de sangre de las que corrían por el

divino cuerpo de su querido esposo, y en esta sola gota parte de los dolores y congojas que padeció el divino Señor. Y para explicar Catarina este dolor dijo que había experimentado las ansias y agonías de la muerte como si se le hubiera arrancado el alma del cuerpo con la violencia de tantas penas, y que la había confortado oír de la boca de su amado estas tiernas palabras: “¡Ah, criatura mía!”, como quien estimaba, sentía y explicaba la grandeza de las penas de su criatura. Siempre que Catarina se acordaba de estas palabras: “¡Ah, criatura mía!”, prorrumplía en lágrimas y suspiros porque se le representaban las angustias y congojas de su dios, y con esta triste memoria volvía a hallarse con su Majestad herido y maltratado en su regazo o entre sus brazos, pidiéndole sus halagos y piadosos amores, no cesando esta enamorada virgen de saludar sus heridas y adornar con flores y rosas sus llagas. A estos tiernos afectos correspondía el Señor como fino amante con nuevos y repetidos favores de su divino amor. Como lo fue al verse otro día en la meditación de este mismo paso de los azotes, arrojada a los pies de su divino Señor para recoger la sangre vertida, clamando con lágrimas y gemidos cayesen sobre su virginal cuerpo todos aquellos golpes. Condescendió con su petición el Redentor, permitiendo le diesen un solo azote de los que recibió en su sagrada pasión. Y causó en ella un dolor tan intenso que quedó por entonces fuera de sí y perseveró por muchos días la señal y el dolor, porque no se atribuyese a imaginación lo que era real y verdadero beneficio. Así le fue el Señor comunicando los demás dolores de su sagrada pasión, hasta que ya fortificado su corazón y fortalecido el amor, le favoreció con todo el peso de su sagrado madero. Le brindó con todo su cáliz hasta las heces y le conservó su divino poder en una pasión continuada por mucho tiempo, ejecutada ya por medio de las criaturas, ya por medio de los demonios como se verá en el discurso de su vida.

[94] En estas ocasiones le daba su divino amante las noticias de sus mayores dolores y penas, y entre ellas le ponderó la grandeza del dolor que sufrió por los hombres cuando hirieron y afearon la divina hermosura de su rostro con la bofetada cruel y afrentosa, el golpe que recibió de la misma cruz en la calle de la amargura, en su primera caída, acompañado de la grita, risa y algarazas de los sayones, y el sentimiento que hizo su humanidad santísima al verse levantar desnuda y en alto crucificada, a vista de todo el pueblo. Otras veces le daba a entender que los pecados de los hombres eran la causa de sus más crecidos tormentos y así se le representaba muchas veces herido y maltratado, y como quejándose con Catarina de sus criaturas, le decía: “¡Mira cuál me tienen los hombres!” Con esta queja amorosa y

con la vista lastimosa del retrato de su divino dueño se avivaba y encendía tanto el amor ardiente y caritativo de esta favorecida criatura, que fuera de sí se arrojaba a abrazarse con los pies de su padre y redentor para limpiar y sellar con sus labios, a imitación de la otra esposa santa, una por una todas las heridas de su querido, clamando juntamente a Dios y a sus criaturas; a éstas que no maltratasen a su amante Esposo, y al Señor, que las alumbrase y perdonase pues no sabían lo que se hacían. De estas tiernas quejas de Cristo y de estas representaciones dolorosas del amor de Dios para con los hombres y del desamor de los hombres para con Dios, resultaba en esta fervorosa virgen un celo ardiente de las almas con que procuró toda su vida, a costa de penas y martirios, que todos se salvaran, que todos le amasen y que ninguno le ofendiese ni tocase al pelo de la ropa (como dicen) con la más leve culpa.

2. No podía su tierno y enamorado corazón ver imágenes de la pasión ni oír la sagrada historia, y cómo se le representó la imagen de Cristo estampada en su virginal cuerpo

[95] Creció tanto en esta escogida virgen el afecto amoroso para con Jesús y el dolor de verle maltratado y de ver despreciada su preciosa sangre, que penetraba su corazón y la derribaba en el suelo desmayada, aun cuando lo veía en sus imágenes crucificado, azotado, con la cruz al hombro o en otro de los pasos de su sagrada pasión. De aquí le venía aquel voluntario y necesario retiro de las procesiones de cuaresma, porque en las imágenes del Salvador, en la profanidad y poca devoción de los que acompañaban sus pasos y en el concurso tan numeroso como bullicioso de toda la ciudad, se le representaba lo que padeció el Señor entre los judíos y lo que padecía entre los cristianos, con tal viveza que desatinada con el sentimiento y dolor de su corazón prorrumplía en suspiros, se bañaba en lágrimas y se desahogaba en exteriores demostraciones. Y no bastando éstas para templar las apreturas en que se veía su corazón y las ansias y congojas que aprensaban su alma, se le repetían desmayos y congojas de muerte que se agravaban con el natural de esta prudente y recatada virgen, opuesto a semejantes exterioridades. Con esta intolerable pena vivió mucho tiempo esta esposa amante, apartando los ojos del cuerpo, y los de la consideración de las imágenes corporales e imaginarias de su amado herido y maltratado. Hasta que apiadándose el cielo le confortó el corazón y le templó la viveza del pensamiento, porque (como decía) esta valiente amadora de Jesús, hubiera rendido la vida a la

grandeza de las penas que resultaban en su dichosa alma con la vista y con la consideración de un Dios crucificado por nuestro amor. Pero, aunque cesaron estas exterioridades ruidosas, quedó su corazón tan lastimado y herido que no podía mirar las imágenes de la pasión sin ternura y compasión amorosa. Y en ellas hablaba y decía a su querido esposo lo que la otra alma santa: “Ya veo Señor que estáis en todo lugar y con mucha especialidad en esas vuestras efigies, mirando como por celosías y resquicios de puertas y ventanas todos mis pensamientos, sendas y caminos, y que no hay cosa que se esconda a vuestros divinos ojos”. A que correspondía el divino amor llenándola de conocimientos muy propios de la fe y de su católica Iglesia, y de afectos y fervorosos deseos de padecer y acompañar a su amado en los tormentos. La misma tormenta de ansias y congojas padecía esta esclavizada virgen al oír la historia de la sagrada pasión, predicada o cantada, porque todas las lenguas penetraba la luz interior que la ilustraba. Y así ordinariamente los confesores le mandaban que no asistiese el viernes santo ni aun a los divinos oficios, temerosos de que su corazón herido y lastimado se turbase y se desmayase en la iglesia. Pero en una de las ocasiones que le dieron licencia para asistir a la pasión y a los divinos oficios, con las primeras palabras del predicador comenzó a enternecerse y luego a desmayarse, oyendo y considerando lo que padeció su querido esposo. Porque creciendo al paso de su sentimiento los ardores y llamas del encendido amor en su pecho, se halló embriagada y ya como desatinada. Con la intención de la pena, iba a desahogarse en suspiros, lágrimas y gritos porque no reventase su corazón abrasado en incendios del divino amor, como hubiera sucedido al no asistirle desde luego su fino amante con su túnica morada, más como glorioso que como paciente, tapando con sus poderosos y divinos dedos los oídos de su amada, para que no oyese lo que no había de poder sufrir su corazón afligido y para que sintiese las ansias y congojas sólo en aquel grado de intención en que su Majestad quería comunicárselas. Esta confortación hizo el Señor no sólo con su divina presencia sino también con obras y palabras de amor. Le ponía la mano sobre la cabeza y sobre el corazón, la arrimaba a su pecho y la ponía sobre su brazo con tiernas y amorosas palabras, diciéndole: “Aguarda Catarina, no te turbes, no te congojes, no te desmayes. ¿No ves que estoy contigo más glorioso que dolorido?” Con estas y otras semejantes voces alentaba el corazón de su querida y templaba la fuerza de la consideración que la afligía. A un mismo tiempo la meditación atormentaba su corazón y la vista intelectual o imaginaria de Jesús y sus palabras la confortaban, sirviendo a un mismo tiempo su querido esposo

de torcedor⁴⁷ y catasta⁴⁸ en que penaba su alma y de ángel del gran consejo que la fortalecía. Los mismos afectos y efectos sintió en la asistencia de los divinos oficios, hallándose en un mar de gozos y amarguras tan mezcladas que yo no acertaré a decirlo, cuando la que lo experimentaba no podía explicarlo. Lo explicó de alguna manera con decir que su corazón alterado había pasado una tormenta de gustos y una tempestad de tormentos.

[96] En esta batalla de penas y en este océano de amarguras le dio a entender el Creador que quería divertirla con una recreación en el paraíso, mostrándole sus frondosas arboledas, apacibles sombras, floridas vegas⁴⁹ y olorosas flores. A que respondió Catarina, como quien entendía con lo que le brindaba su esposo: “No, Señor. No busco ni quiero países deliciosos. Guarda ese favor para otro tiempo que hoy no es día del Tabor⁵⁰ ni del monte Olivete,⁵¹ sino de tu cruz en que brindas a tus escogidos el cáliz amargo de tu pasión con mezcla de varios tormentos y amarguras. Y no es bien que la copa en que yo hago la razón a tus brindis tenga mezcla de regalos y consuelos”. Este deseo de imitar a su esposo crucificado en la cruz, este afecto de acompañarle en las penas, obligaba al divino poder a que renovase en esta su querida esposa las fuerzas y la valentía de su amor, para que fuese cada día más perfecta imagen de su redentor crucificado en la cruz. Y esto según parece quiso dar a entender el amor divino con un singular favor que le hizo. Se halló esta querida esposa en estrechos lazos de pureza con su redentor, y volviendo en sí del éxtasis en que la había favorecido, advirtió que se le representaba su virginal cuerpo no sólo con las cinco llagas, como se refiere de otros santos y santas, sino con toda la imagen del Verbo encarnado, herido y atormentado, como impresa y estampada en esta regalada y esclarecida esposa de Jesucristo, para significar con este misterioso sello que así como su dichosa alma fue hecha a imagen y semejanza de su creador, así su delicado cuerpo penitente y mortificado era una imagen o retrato semejante al cuerpo de su divino esposo crucificado. Con otras muchas visiones, regalos y favores manifestó el Señor las finezas y perfección con que esta su esposa querida lo imitó en el amar y en el padecer, por el culto interior y exterior que daba a las imágenes de su sagrada pasión. Y aunque todas sus efigies eran prodigiosas para Catarina

47 Cosa que ocasiona persistente disgusto, mortificación o sentimiento.

48 Potro de tortura en el que se descoyuntaba al condenado.

49 Parte de tierra baja, llana y fértil.

50 Se refiere al monte Tabor donde Cristo se transfiguró.

51 Se refiere al monte de los Olivos.

porque en todas miraba su fe a Dios maltratado y ofendido, en todas se hablaba tierna y amante y en todas le correspondía el Señor regalándose con su criatura. Pero porque la milagrosa imagen de Jesús Nazareno que está en la muy ilustre parroquia del señor san Joseph de esta ciudad de los Ángeles fue con especialidad objeto de su singular devoción, acabaré este capítulo con algunas de las mercedes que le hizo, dejando las más para sus propios lugares.

3. Favores especiales que recibió por medio de la imagen milagrosa de Jesús Nazareno que está en la parroquia de San Joseph

[97] Esta imagen de Jesús Nazareno de la parroquia de san Joseph se le representaba frecuentemente con representaciones de viva, despidiendo de su hermoso rostro resplandores que bañaban el alma y corazón de su querida esposa; otras veces se le representaba con las mejillas sonrosadas y encendidos los ojos, como fatigado y congojado de lo que padecía y había padecido por los hombres. Esta milagrosa imagen era como el oráculo de Catarina; en ella pedía a su dios luz en sus dudas y tribulaciones, aliento en sus desmayos, auxilio en sus trabajos y penas. Aquí ponía los negocios propios y ajenos para que tuviesen feliz despacho y aquí clamaba de día y de noche por la salvación de todo el mundo. No porque Catarina estuviese continuamente en el templo o capilla de esta devota imagen, porque no era de aquellos espíritus que con título de santidad y devoción no tienen otra ocupación ni obligaciones que andarse de iglesia en iglesia, entremetiéndose en los bulliciosos concursos. Esta honesta y recatada virgen de tal suerte visitaba los templos que no faltaba a las obligaciones de su estado y casa. Visitaba a esta devota imagen Catarina muchas veces en su capilla y santuario, en los días que la soledad ayudaba a su oración y justificaba para con Dios y los hombres su santa devoción. La visitaba en espíritu frecuentemente haciéndose presente en su templo; la visitaba en la santa iglesia catedral todos los días de los novenarios, que en muchas ocasiones se le han celebrado cuando obligan las necesidades públicas y comunes en esta nobilísima ciudad y en todo el reino a sacarla de su santuario para nuestro escudo y defensa.

[98] En una de estas ocasiones que estuvo en la iglesia catedral la visitó como acostumbraba Catarina, y pidiéndole el bien común para sus criaturas le pareció que se le representaba con alguna seriedad y que no mostraba el semblante tan cariñoso y benéfico, como otras veces. Le pareció el semblante majestuoso que se le representaba rigor merecido de su indignidad,

procuró con humillaciones con cariños y con razones que le dictaba la fineza de su amor ver el rostro de su divino amado apacible y amoroso. Y viendo que se resistía, arrebatada de la fuerza del amor, le dijo: “Ya sé Señor que esa majestad se humanó por sus criaturas y que yo sola soy la que merezco esas esquivas. Ya veo Señor que no me queréis y que todo vuestro amor y delicias son con vuestros escogidos. Pues idos Señor con ellos, mientras yo publico con lágrimas mi maldad y mi desdicha”. A este despecho humilde y amoroso respondió el Señor, confortándola y llamándola con voces de amante como nacidas de la boca de la imagen. Y atrayéndola a sí con una suave violencia se desembarazó de la cruz, la cogió entre sus brazos y le dio un tan estrecho y benéfico abrazo que la dejó llena de gozos y de esperanzas de conseguir cuanto le había pedido.

[99] En otra ocasión volviendo esta milagrosa imagen desde la iglesia catedral a su santuario, vio Catarina que la miraba amante y cariñosa y que de la misma imagen salía una como saeta de amor que le atravesaba el corazón y la llamaba a sí, causando en Catarina tales afectos, que ciega del divino amor y como fuera de sí, comenzó a decir en alta voz: “¡Ya se va, ya lo llevan, ya se ausenta mi amado! ¡Ay de mí! ¿Qué haré sin él? ¿Dónde lo buscaré? ¿Dónde lo hallaré?” Se rieron los circunstantes teniéndola por loca o hazañera,⁵² y se corrió avergonzada de la nota que había causado su indiscreto amor. Pero mayor confusión y vergüenza tuvo de ver que mirándola el Señor con majestuoso semblante en la misma imagen, le dijo: “Catarina: ¿cómo publicas mis favores? Mira se deshacen y desperdician cuando andan entre mis criaturas”.

[100] En otra ocasión que se le representó Jesús amante en esta prodigiosa imagen, como afligido y fatigado, le dijo Catarina: “Pues Señor ¿tanto pesa ese madero?” Y sin esperar la respuesta, compadecida se acercó y aplicó con valentía su hombro para ayudarle y servirle de cirineo.⁵³ Y sintió tan pesada la cruz como si hubiera cargado el peso de todo el mundo, resultando en su corazón un dolor tan intenso que juzgó se apartaba ya de su cuerpo el alma. Pero no por eso se resfriaba su espíritu porque se fundaba en el divino amor, y el amor cuando es verdadero es muy valiente, se arroja a vencer imposibles y hace una misma cosa al amante con el amado. Y así Catarina repitió muchas veces esta fineza de aplicar su hombro al peso de la

52 Farsante.

53 En referencia a Simón de Cirene, quien ayudó a Cristo a cargar la cruz.

cruz de su querido esposo que se le representaba fatigado en esta milagrosa imagen, por aliviarle en sus congojas y penas. Pero el Señor acomodándose al estado de su menor perfección en los primeros años de su edad y de su cristiandad, se contentaba con el afecto caritativo de su querida esposa y por eso al llegar a ayudarlo, su Majestad apartaba a un lado la cruz y cogía a Catarina en sus brazos, comunicándole muchos consuelos y más ardientes deseos de llevar sola todo el peso de la cruz.

[101] Cuando iba a visitar esta sagrada imagen en su propio altar aun eran más crecidos los favores que recibía, porque se le representaba con los brazos abiertos como quien la estaba esperando para recibirla en ellos. Y con esta singular demostración de amor crecía el incendio que ardía en el pecho de Catarina y causaba éxtasis prodigiosos en su alma, que a un mismo tiempo estaba retirándose del beneficio, suspirando y abrazándose con el sagrado madero y mirándose sobre el altar en forma de pajarillo, que valiéndose de sus alas se ponía ya debajo de la cruz, ya sobre ella, y ya en los hombros de la milagrosa imagen, como quien tenía allí su nido y su recreo. Otras veces se miraba sobre el mismo altar en forma de niña inocente, a quien regalaba el Señor con suaves halagos de sus divinas manos, y como si perdiera el miedo con estas caricias a la Majestad representada en la efigie, se andaba como entreteniéndose y jugando con su cruz, manifestando que en ella tenía y había de tener su recreación y delicias, como lo fue todo el tiempo de su vida, mirándola como a compañera inseparable con quien tenía los más dulces coloquios y se abrazaba con vivos afectos de amor, llamándola a imitación de san Andrés: santa, preciosa, su amada, su guía y su defensa.⁵⁴

[102] Y si Catarina tuvo por recreo y descanso la cruz de su dios humanado, también el Señor correspondía a la fineza de Catarina manifestando con los halagos paternales, que le hacía tener en esta su querida esposa el descanso y alivio de sus fatigas. Y esto le dio a entender un día en que, queriendo su Majestad, representada en esta sagrada imagen, desembarazarse de la cruz para agasajarla entre sus brazos, ella se arrojó a sus pies humilde, diciendo: “No Señor, no soy digna de este favor ni quiero que se manchen tus divinas manos”. Y el Señor la instó a que admitiese el beneficio con estas dulces palabras: “¿No ves, esposa querida, que el apartar de mí la cruz es para descansar de las penas y congojas que me causan los hijos de los hombres

⁵⁴ En este párrafo, Ramos establece un paralelismo entre la relación que tuvo san Andrés con la cruz de su martirio y la que estableció Catarina con la cruz del Nazareno.

con sus culpas? Porque tú eres el alivio y descanso de mis fatigas”. Con estas voces nacidas como de la boca de la efigie, dejaba muchas veces Catarina que su amante Esposo se desembarazase del sagrado madero y aun llegaba ella a quitárselo, dejándose regalar y favorecer por que tuviese su amado este consuelo, a quien decía ella con ternura: “Ea, Señor, que tú eres el verdadero sol, y aunque entres y salgas en lodazales y otros lugares inmundos no puedes recibir mancha ni fealdad alguna. Aquí está la mayor pecadora. Recíbela en tus brazos y en tus manos para que salga de ellas purificada”.

[103] Estos regalos y favores no sólo eran en las ocasiones que esta su querida sierva iba a rezar y orar delante de esta maravillosa imagen, sino también en su casa y en su mayor retiro, porque en cualquier ocupación y lugar se hacía presente a este milagroso santuario; y en estas visitas espirituales eran más y mayores las mercedes que le hacía Dios con el instrumento de su imagen. Se las pagaba frecuentemente tomando la forma de esta efigie para consolarla, animarla y favorecerla con particulares demostraciones de amor en lo más riguroso de sus penas, desamparos y tribulaciones; porque se hallaba dentro de su pecho y costado figurado en la misma imagen y en este retrete⁵⁵ y sagrario se deshacía en amorosos afectos y se gozaba como en un delicioso lecho. Cuando se veía rodeada de ánimas del purgatorio y de necesitados del mundo que le importunaban por sus oraciones, se valía también de esta milagrosa efigie, que como si fuera viviente le mostraba en sus pies, manos y costado abundancia de sangre, para que rociase con ella a los que le importunaban sedientos, como diré más largamente cuando trate de los vuelos prodigiosos de su espíritu.

[104] Se repitieron tanto los regalos y prodigios que experimentaba esta regalada virgen de Jesús por medio de esta imagen, que vinieron a ser cotidianos por no decir continuados. Desde que tuvo una grave enfermedad, en que hallándose afligida y llena de amarguras le mostraron una túnica o sotana morada, y pareciéndole que le podía servir de abrigo y alivio, sin conocer al que se la mostraba, la pidió y echó sobre su cama y con ella se suspendió luego el padecer. Reconoció el beneficio y preguntó que cuya era⁵⁶ aquella sotana tan poderosa y benéfica. Le respondieron que de Jesús. Y con esta inteligencia se halló tan agradecida como favorecida, porque en los desfallecimientos de la naturaleza clamaba al Señor por su túnica, y si

⁵⁵ Cuarto pequeño en la casa o habitación, destinado para retirarse.

⁵⁶ “Cuya era”, es decir, “de quién es”.

tardaban en traérsela se hacía ella presente a la imagen en su capilla y altar, donde luego que la veía su Majestad se quitaba la cruz y la mandaba vestir o envolverse en su túnica, y ella obediente, entre halagos y agasajos de su Dios, se reclinaba sobre los pies de la efigie y así descansaba y dormía. Y aunque este misterioso sueño no pasaría de media hora era lo suficiente para recobrar el aliento, para las batallas continuas que tenía, para los dolores que la afligían y para los martirios que ejecutaban en ella los demonios. Finalmente, esta imagen, su cruz y túnica eran el lecho de su descanso, la defensa en sus tribulaciones, el tesoro en sus necesidades, el alivio en sus penas y en lo indecible de su parecer. De boca de esta santa imagen oyó varias veces que la túnica de Jesús había de servirle de mortaja en su muerte. Últimamente recibió de esta prodigiosa efigie tantas mercedes, favores y milagrosos beneficios que me veo obligado a omitirlos porque no fastidien continuados, pues aun lo más sabroso, pide variedad en sus razones para que no se canse el gusto.

CAPÍTULO 12

CÓMO DESDE SU NIÑEZ SE DIO A LA FRECUENCIA DE LOS SACRAMENTOS Y FAVORES QUE RECIBIÓ DEL NIÑO DIOS SACRAMENTADO

1. *Cómo se disponía para recibir este divino sacramento*

[105] Comenzó esta devoción en Catarina desde lo más tierno de su edad, pues aun antes de ser bautizada deseó y pidió a la señora santa Ana esta divina comida, como lo dejó dicho en el capítulo cuarto. Y aunque entonces se la negaron por no hallarla digna de este soberano manjar, la dejaron con esperanzas de comerlo cuando se dispusiese con la gracia del bautismo. Creció con ésta el amor y la devoción, tanto que ni se hallaba, ni comía, ni reposaba, si no era con su divino esposo sacramentado. Todas sus delicias eran esta divina mesa, donde se servía el plato único de su gusto. Todo el empleo de su vida fue disponerse para recibirle, porque nunca se hallaba digna y siempre se hallaba hambrienta. El amor la impelía a recogerle dentro de su pecho y su humildad la detenía; quería y no quería; temía y amaba, sin que ninguno de estos efectos venciese, hasta que llegaba la determinación de la obediencia que la obligaba.

[106] Para recibir este divino sacramento, no sólo se disponía con la confesión sino con muchos actos y ejercicios de mortificación y penitencias. Ya tengo escrito en otro capítulo cómo escogía las noches enteras para la oración, para las lágrimas y para macerar y crucificar de varios modos su cuerpo, a ejemplo o imitación de David, y que de día se retiraba de las criaturas el tiempo que le permitían las ocupaciones, para entregarse a los mismos ejercicios, conservando aun en las mismas ocupaciones de Marta, el uno necesario de María.⁵⁷ Andaba con un ardiente deseo y fervor de espíritu tan grande que, hirviendo su pecho en el fuego del divino amor, era toda ansias, toda anhelos y toda hambre de recibir y comer este regalado manjar que engendra y conserva las vírgenes. Vivía con tanta pureza que, no habiendo perdido la gracia del bautismo (a lo que yo puedo juzgar en tantos años, que la comuniqué y oí el discurso de su vida), se le pasaban muchos días, meses y años sin cometer a sabiendas culpa venial, confesándose ordinariamente de la más mínima sombra de culpa en su imaginación, como si fuera un horrendo pecado, porque miraba los consejos como preceptos, el primor y exacción de su obediencia.

[107] Con razón parece que se podía formar escrúpulo de negarse a Catarina este divino manjar. Con todo esto, no comulgaba todos los días, aunque comulgaba muchos días continuados por concurrir muchas festividades juntas, que movían a sus confesores se lo mandasen. Y no se lo mandaron todos los días hasta que llegó a mis pies, porque, aunque el amor la llamaba, el temor la acobardaba. Y sus padres espirituales, atendiendo a sus humildes resistencias, no querían afligirla con obligarla, siendo así que esta, su humillación, había de ser razón más eficaz para sujetarla a la comunión cotidiana que para excusarla. Porque no hay disposición más preciosa a los ojos de un dios inmenso que humillarse un alma hasta lo profundo de la nada, conociendo su indignidad y miseria, como lo hacía esta su esposa pura, mortificada y unida siempre con su divino esposo, que le convidaba a comer de este pan celestial que es el blanco de las almas y donde se les comunica la caridad, la pureza, la luz, la fortaleza y perfección que deseaba esta esclarecida virgen. Y desconfiada de sí, solicitaba por medio de los ángeles y santos y mucho más de la madre de Dios y madre de la humildad, pidiéndole que limpiase y purificase su corazón altivo, soberbio e indigno de recibir en sí la hermosa majestuosa de los cielos. Le pedía parte de las virtudes con que la había recibido en sus purísimas entrañas y muchas veces

⁵⁷ Se refiere a Marta y María de Betania, hermanas de Lázaro; *cfr.* Lc 10, 38-42.

vio en manos de esta soberana Señora su corazón, y que se lo estaba lavando, purificando y ofreciendo a su santísimo hijo. Con estos favores crecía más cada día el amor de Jesús en Catarina y, al paso del amor, su humildad y confusión, quedándose muchas veces absorta, embelesada y sin fuerzas del cuerpo, aunque el alma estaba muy atenta en la contemplación de su nada y de la inmensa grandeza de las misericordias de Dios, que se dignaba admitir su corazón tan inundo.

2. Varios regalos, favores y visiones con que el cielo apoyaba la disposición con que llegaba a la sagrada mesa

[108] Este reconocimiento humilde fue muchas veces aplaudido y aprobado de los cortesanos del cielo en sus comuniones, con visiones y misteriosas representaciones. Una de ellas fue el ver un día, al acabar de comulgar, algunos personajes que no conoció; si bien le pareció serían los apóstoles o las almas gloriosas de sus confesores difuntos, que le preguntaron qué hacía cuando llegaba a recibir al Verbo humanado. Y respondió: “Yo alabo y engrandezco a mi Señor con los ángeles y santos, por el beneficio que me hace, y estoy juntamente diciendo: no soy digna, Señor, no soy digna de que entréis en esta oscuridad y miseria”. Oída esta respuesta le dijeron: “Pues bien dispuesta le recibes. Alégrate y gózate con el divino amor que tienes en tu pecho”. Y luego se halló con tanta plenitud de gozos que le faltaban fuerzas para sufrirlos, porque se encendió tanto en amor de Jesús y se abrasó de suerte su pecho, que lleno de afectos y gozos, anhelaba por desahogarse en lágrimas, sollozos y gritos, pidiendo al Señor templase y moderase los celestiales gustos que le comunicaba, o que le ensanchase más el pecho, porque ya como loca y fuera de sí, no sabía qué hacerse ni tenía poder para reprimirse, prorrumpiendo en estas o semejantes palabras: “Ten [Señor] espera. Mira que estoy en peligro de perderme, causando nota y publicando a gritos tus divinas misericordias. Ya Señor, no puedo más. Ya embriagada te busco cuando más asido te tengo. ¡Ay, Dios mío! ¿Dónde te hallaré? ¿Dónde te buscaré? ¿Dónde te perdí? ¡Ay de mí! Que no puedo más, que me ahogo en este mar de gustos y en este incendio de gozos”.

[109] No cesaba la Omnipotencia, según parece, de ocuparse y entretenerse (digámoslo así) en beneficencias de esta su criatura. Al recibirle se le pegaba frecuentemente en lo superior de la boca y desde allí le regalaba y comunicaba a todo su cuerpo y dichosa alma, dulzuras y deleites celestiales. Y cuando hacía diligencia para que pasase al pecho y corazón, el Señor,

como festivo, mudaba varios puestos dentro de la misma boca, dejando impreso un sello o imagen suya en todas las partes donde hacía asiento. Y con estas mudanzas no sólo iba poniendo el divino poder su marca y sello en todo el espacio de la boca, sino en la garganta, pecho y corazón, causando admirables efectos en su alma, antes y después de pasar de la boca al pecho. Otras veces que repetía Catarina la diligencia de pasar la forma, oía la voz suave del Esposo que, como nacida de la misma hostia o forma, le decía: “¿Por qué querida esposa quieres echarme de aquí tan presto?” En otras ocasiones sentía que el Señor ponía sus divinas manos en el paladar, como quien hacía fuerza y forcejaba con suavidad por detenerse, y otras veces en lugar de las manos, le parecía que con impulsos y movimientos de amorosas y suaves alas se resistía y asfixiaba en el cielo de la boca. Con estos maravillosos efectos, manifestaba Dios a Catarina que su voluntad era detenerse en su boca y que todas sus diligencias en orden a que pasase la forma al pecho y al corazón eran ociosas y sin provecho. Pero sin estar en su mano continuaba esta amorosa lucha con su esposo sacramentado, porque su corazón deseaba con ansias poseer y unirse con su querido amante y la obligaba a procurar esta preciosa unión, haciendo fuerza para que pasase la forma al pecho, y como su Majestad quería detenerse, se originaba forzosamente esta amorosa contienda entre Dios y su esposa: ella forcejando porque pasase, Dios luchando por detenerse; y aunque quedaba siempre Dios victorioso, Catarina era siempre la gananciosa. Un día, de los de esta amorosa lucha, se quedó en la boca de esta esclarecida virgen un círculo de lo exterior de la hostia y pasó al pecho como una pequeña forma sacada de lo interior o medio de la que recibió de mano del sacerdote. No explicó Catarina el misterio de esta misteriosa división, pero manifestó Dios en ella que a un mismo tiempo quería estar en el corazón y en la boca para templar las ansias y afectos con que lo deseaba el alma, y para santificar juntamente con su real presencia la boca que se ocupaba en divinas alabanzas, y el corazón, que se abrasaba en reverentes ansias.

[110] En otras ocasiones se dividía misteriosamente la forma en tres partes. La una parte se bajaba al pecho y se retiraba al lado del corazón; las otras dos se detenían en la boca por el tiempo que su Majestad era servido, en que parece querían las tres divinas personas, sensiblemente favorecerla benéficas, en prueba de su real asistencia en el sacramento y en testimonio del amor con que Catarina reverenciaba este inefable misterio. Otras veces sentía que el Señor se andaba como paseando por el espacio de la boca, dándose a sentir en los pasos y en las fragancias aromáticas

que despedía de sí, para el recreo y diversión de su querida esposa. Pero admiraba que venía esta amorosa recreación bañada en penas: porque lo intenso de los olorosos perfumes de su amado, le parecía, mareaba los sentidos del cuerpo y conturbaba estremecidas las potencias del alma. De ordinario, no se vestía el Señor de dulzuras, sino de espinas, acíbares,⁵⁸ hieles y amarguras; y entonces eran más sangrientas las luchas, eran más crecidas las ansias del alma por crucificarse por el amado. Finalmente se detenía el Esposo todo el tiempo que quería regalándose en la boca de su criatura, porque dándose ella por vencida en las largas y repetidas luchas sobre el pasar o no pasar el Señor adelante, le decía: “Vos, Señor, sois todo poderoso. ¿Quién podrá ir contra vuestro querer, ni vencer vuestro amor? La boca, la garganta, el pecho, el corazón, y todo el cuerpo y el alma suspiran por poseeros; y yo sólo deseo no desagradaros, sino cumplir en todo caso vuestra santísima voluntad”.

[111] Cuando pasaba de la boca, lo sentía como airoso en sus pasos, tocando un lado y otro de la garganta con sus suaves y deliciosas manos o con impulsos y movimientos de amorosas alas. Y tal vez se atravesaba en el paladar, haciendo del que quería y no quería pasar al pecho; porque así como la boca estaba hermosea y perfeccionada con su sello e imagen, también tenía su divina efigie la garganta y estaba fortalecida y hermosea con su marca y sello, y estas perfecciones, cual piedra imán, parece lo detenían para no pasar adelante. Y estas fueron las que alabó el Esposo en la otra alma santa de los Cantares, comparando su cuello con la fortaleza de una torre y con la blancura del marfil [Apostilla: Cantares 7]. Porque el cuello donde la esposa cargaba el yugo de la ley, tan lejos estaba de amancillarse y afearse con los trabajos tolerados con fortaleza por el divino amor, que antes eran gala, lucimiento y hermosura con que se aprisionaba el amado. Ninguna mujer más fuerte que Catarina en el sufrir y ninguna otra más constante en el padecer por su Dios (como se leerá en los capítulos de su invencible paciencia) y esto fue lo que detenía al Niño Dios sacramentado en su fuerte y hermoso cuello; por eso selló su garganta con la marca de su imagen, por eso se resistía a la eficacia con que le llamaba y atraía así el corazón ansioso de poseerle.

58 Amarguras.

3. Prosigue la misma materia y cuán provechosas eran estas comuniones para Catarina y para los prójimos

[112] Muchas veces bajaba el Señor al pecho con rápido movimiento, como quien temía que lo detuviesen en el camino estrecho de la garganta; y se dejaba luego sentir en el pecho y corazón de su querida esposa, comunicando de sí dulzuras y suavidades, entre incendios de caridad y llamas de amor con que se derretía el corazón en amores tiernos y afectuosos coloquios. En el pecho se le representaba y dejaba ver frecuentemente para que dentro de sí misma lo venerase y no tuviese necesidad de buscar fuera de sí la divina presencia, que solía ser en forma de un hermosísimo niño que la acariciaba y a quien salía muchas veces a recibir el corazón de esta feliz criatura, en forma de una niña agraciada. Y en estas misteriosas transformaciones se agasajaban, se abrazaban y estrechamente se unían.

[113] Otras veces al entrar el divino amante en el pecho, salía del corazón de la esposa una lúcida y ardiente llama que servía de lecho a la inmensa Majestad sacramentada, mientras las especies sacramentales se consumían con el fuego activo y suave del corazón que, ya encendido como una brasa y herido de nuevo con el arpón del divino amor, cobraba tan grandes y tan intensos ardores, que se deshacía y destilaba en penosos gozos que la obligaban a desabrocharse y a desahogarse con tiernos y amorosos suspiros y sollozos, porque saliendo a lo exterior del cuerpo la ardiente llama, penetraba aun el vestido, de suerte que lo experimentaban tan activo y eficaz las ajenas manos que apenas podían sufrirle. En otras ocasiones se le representaba su corazón como un campo florido o un jardín espacioso y bien cultivado, con su puerta por donde se entraba el divino esposo, significando que en él causaba el Niño Dios maravillosos efectos y plantaba heroicas virtudes para su recreación y delicias. Finalmente el corazón de Catarina era el huerto donde Jesús descansaba. Y abrazándose con él, ya penetrándose, ya cogiéndole por techo, asiento y solio⁵⁹ de su grandeza, y majestad humanada, era el lugar donde estaba mejor esculpido el sello de Jesús y su imagen, no sólo por señal exterior, como la que traía la otra alma santa de los Cantares [Apostilla: Cantares 8] sino también en lo interior. Por eso unas veces se ponía el Señor sobre el corazón y otras se penetraba y encerraba dentro de él; porque así, en la superficie y lo más profundo, quedase grabada e impresa su imagen.

59 Trono con dosel.

[114] Con este precioso pan se recreaba su alma y se sustentaba los días y los meses sin hambre ni sed, sin desmayos y con superabundantes fuerzas del cuerpo y del espíritu. Y le dio, según parece, Dios un testimonio de este singular beneficio (concedido a otros santos y santas) con otro especial favor, que fue el comulgarla muchas veces debajo de las dos especies de pan y vino⁶⁰ en el tiempo que gozó de la insinuada prerrogativa; y aunque la ocasión y significación de este extraordinario regalo la reservo para el capítulo de la obediencia, apunto aquí el modo con que la favoreció la Omnipotencia. Y sucedía así: cuando después de comulgar llegaba a tomar el agua que se da a todos los fieles para pasar con facilidad la forma, se le transformaba el vaso del agua en un cáliz de sangre. No dijo Catarina que fuese éste el prodigio que obró Jesús en las bodas de Canaán de Galilea, pero afirmó que no experimentaban sus sentidos otro licor: sangre veía, sangre gustaba, sangre sentía y se persuadía que bebía la sangre de Cristo. Y con este conocimiento, entendía que el Señor le brindaba con su cáliz, a que se ofrecía ella sedienta y agradecida.

[115] No sólo para sí, sino para ser bienhechora universal del mundo, tenía en el santísimo sacramento un tesoro. Cuando ofrecía la comunión por dos o tres personas o por muchas necesidades juntas, sentía al comulgar que recibía otras tantas formas, cuantas eran las personas o necesidades porque pedía. Y cuando no experimentaba esta novedad, experimentaba otra no menos prodigiosa y admirable, que era el sentir se dividía la forma en muchas partículas, según el mayor o menor número de los necesitados por quien rogaba. Era este sacramento un tesoro con que Catarina remediaba a muchos, porque ofrecido con su caridad y fe, se extendía por el mundo y alcanzaba al purgatorio; porque por todos se le volvía, al eterno padre, diciendo: “Señor, este santísimo sacramento no es don limitado de la tierra, sino infinito, venido del cielo. Vos nos le disteis para la redención de todo el mundo. Pues ese mismo con toda su inmensidad y grandeza, sin reservar nada para mí, os ofrezco por todo el mundo y por todo el purgatorio, porque así me lo mandan los confesores”. Y cuando se lo mandaban los confesores decía: “Sí haré, pero yo no sé cómo es eso de quedarme sin parte. Porque todo mi amado es para mí y yo toda para él” [Apostilla: Cantares 2].

60 En la decimotercera sesión del Concilio de Trento, se dispuso que para los laicos se respetara la costumbre establecida por la Iglesia de dar la comunión sólo bajo la especie del pan, en el entendido de que en él se contiene “verdaderamente el cuerpo entero y la sangre de Cristo”; *cfr.* Heinrich Denzinger y Peter Hünermann, *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2000, § 1199. Por lo anterior, Ramos establece como un singular favor divino hacia Catarina de san Juan el que reciba las dos especies.

[116] Son inexplicables los favores que recibía Catarina de su esposo sacramentado: en el discurso de su vida se pondrán algunos otros. Y advierto de antemano, a los que los leyeren, que no se parezcan a aquellos groseros discípulos que, oyendo decir al divino maestro que su cuerpo era verdadero manjar, murmuraron diciendo: “Muy dura palabra es esta: ¿quién podrá creerla?” [Apostilla: Juan 6] Horrenda cosa es e imposible, y por esto se fueron de su escuela. Mas a los que quedaron, declaró el Señor el secreto, diciéndoles: “El espíritu es el que vivifica, la carne de nada aprovecha. Las palabras que os he dicho, son espíritu y vida”. Que fue decir: Aunque real y verdaderamente os doy a comer y coméis, o recibís mi cuerpo y sangre verdadera, no entendáis tan groseramente mis palabras como esos que me han dejado. Porque mi carne no se ha de comer carnalmente como se come la carne muerta de los animales, sino sacramentalmente, a modo de espíritu: lo que se come es mi cuerpo real y verdadero; pero no se come corporalmente, como notó san Agustín, porque es carne viva y dará vida a los que de esta manera la comieren, mudándolos de carnales en espirituales. [Apostilla: San Agustín, *Sup. Joan*, tr. 26]

[117] Con esta advertencia se deben leer las historias de los santos y la de esta sierva de Dios, porque muchos de los favores que reciben del cielo son espirituales y no como parecen a los ojos. Como lo nota el padre maestro fray Hernando del Castillo,⁶¹ dignísimo cronista de la sagrada Orden de Predicadores, al llegar a ponderar el favor de trocar santa Catalina de Siena su corazón con el corazón de Cristo, y esto mismo se ha de entender en toda esta historia que está llena de favores semejantes; y en la realidad muchos son intelectuales y demostraciones del amor que tenía el divino esposo y declaración de los efectos celestiales que obraba Dios en su alma. Pero tan eficaces y soberanos, como si en la realidad sucediesen las cosas como parecían a la vista. Y aunque esta favorecida virgen distinguía muchas veces los favores materiales y corpóreos de los espirituales, otras veces decía lo de san Pablo: “No sé si estos mis elevamientos y arrobos, me suceden en el cuerpo o en el espíritu” [Apostilla: Segunda epístola de san Pablo a los corintios, 12].

61 Hernando del Castillo (1529-1595), autor de la *Historia general de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores*, Valencia, Casa de Pedro Patricio Mey, 1587.